

PRESENTACIÓN

Antropología de las ciudades históricas

Gaspar MAIRAL
Universidad de Zaragoza

El origen de este volumen, que ahora sale a la luz, se encuentra en la voluntad, por parte del Consejo Editorial de la Revista de Antropología Social, de dedicar un monográfico a la ciudad. Habiendo asumido este objetivo existían diversas opciones, una de la cuales hubiera sido llevar a cabo una presentación colectiva de la Antropología Urbana. Sin embargo, presentar en España un campo temático como la Antropología Urbana no tiene mucho sentido, puesto que tanto en revistas¹ como en otras publicaciones, ya se han venido realizando este tipo de presentaciones.

Hubo un tiempo en que la Antropología Urbana, ante la necesidad de legitimarse y ganar audiencia como área temática propiamente antropológica, recaló en algunas cuestiones que se hicieron recurrentes. La diferencia entre hacer Antropología *en* la ciudad o *de* la ciudad, fue una de ellas. Dado que los comienzos de la Antropología Urbana, en los cincuenta, fueron consecuencia del traslado de algunos antropólogos hacia la ciudad sin haberse dotado, a diferencia de la Sociología, de una reflexión teórico-metodológica, sobre lo urbano, en los sesenta, cuando nace la Antropología Urbana como tal, ésta fue una de las preocupaciones fundamentales para sus primeros impulsores. Con una Antropología Urbana mucho más consolidada esta diferencia ha dejado de tener la relevancia que tuvo entonces.

También se ha reiterado mucho, especialmente en España, la necesidad de diferenciar, desde la Antropología Urbana, lo urbano de lo rural. Sin embar-

¹ En este caso y sólo por mencionar los ejemplos más recientes, cabe recordar los monográficos dedicados a la Antropología Urbana por Revista d'Etnología de Catalunya en 1998 y por Zainak Cuadernos de Antropología-Etnografía en el 2000.

go, el modelo que contrapone lo rural y lo urbano viene demostrando desde hace tiempo su imperfección y más cuando acaba convirtiéndose en un simple cálculo numérico. Tras haber sido matizado, este modelo, que dejó de ser entendido como una dicotomía para ser evaluado más como un continuo, no deja hoy de plantear problemas, incluso como continuo. En términos históricos, tampoco parece muy útil esta dicotomía, ya que en todo caso es mucho más real la que confronta al Estado moderno con el mundo campesino. Nuestras ciudades han sido muy «rurales» y los pueblos, hasta los más pequeños, han tenido vida «urbana». Hoy y ya en el siglo XXI, cabe preguntarse si acaso sigue existiendo esta dicotomía o en qué términos existe. Mi opinión es que en la actualidad tiene mucho más sentido indagar acerca de la naturaleza de lo local en una sociedad global.

Estas han sido algunas de las coordenadas que servían antes para presentar a la Antropología Urbana como un campo especializado de la Antropología Social y había que demostrar que la Antropología Urbana, tal como se presentaba, era una antropología de la ciudad y que no se ocupaba de lo rural. Sin negar que estas cuestiones sigan teniendo algún sentido, me parece más útil asumir la normalización de la Antropología Urbana y a partir de ello identificar temáticas urbanas que merecen ser estudiadas.

También es verdad que en la Antropología española estas preocupaciones, tan propias de los comienzos de la Antropología Urbana, ya han dejado paso a un creciente interés por aquellas temáticas que contribuyen hoy a definir las actividades e intereses de los ciudadanos y aunque pudiera parecer una paradoja, la historia es una de estas actividades e intereses. La renovación del sentido ciudadano fue un aspecto esencial que acompañó a los muchos cambios que se fueron produciendo en España a partir de la Transición Democrática. Fue sin duda el desarrollo extraordinario del movimiento asociativo ciudadano, muy politizado por aquel entonces, el primer detonante de este proceso y la expansión y actividad de las asociaciones de vecinos marcó, sin duda, una época. Pero también llegó, casi inmediatamente, un motor festivo, alimentado sin duda por intereses políticos, pero que movilizó intensamente a los ciudadanos en pos de la fiesta, el ritual ciudadano y la celebración pública en la calle. Los ciudadanos ocuparon entonces la calle y ya no la han abandonado. Una parte importante de esta ocupación pública de la calle tuvo que ver con la celebración de la ciudad, con una exaltación colectiva de pertenencia a un espacio con historia. Creo que en las dos últimas décadas, sobre todo, esta dimensión se ha visto potenciada a partir del momento en que la estimación del patrimonio histórico ha aumentado enormemente. Las políticas municipales han reflejado esta dimensión con claridad meridiana, puesto que la inversión en patrimonio histórico ha crecido espectacularmente. Son múltiples los ejemplos que nos lo muestran y querría mencionar algunos.

Las políticas de rehabilitación de los cascos históricos, que tan deteriorados estaban en muchas de nuestras ciudades, han constituido uno de los ejes fundamentales del urbanismo más reciente. A la hora de resignificar a dichos espacios urbanos, la historia ha sido un recurso fundamental. De este modo, la restauración de todo tipo de edificios históricos se ha convertido en una actividad ya habitual para las administraciones públicas que han invertido en todo ello cuantiosos recursos. La Historia Urbana ha adquirido una vigencia extraordinaria, mucho más allá de los ambientes cultos y académicos y ha pasado a convertirse incluso en un recurso económico que se orienta hacia su explotación turística. Pero también ha sido un instrumento político interno al que han recurrido los ciudadanos y sus organizaciones para movilizarse. Tengamos en cuenta sólo la proliferación de los museos de historia de la ciudad para reparar en lo importante que es hoy el despliegue de la historia en la ciudad contemporánea.

A partir de estas consideraciones he pretendido configurar una temática específica y que es hoy muy significativa para la práctica de la Antropología Urbana en España y por supuesto en otros países. Así que este volumen no pretende llevar a cabo una presentación o discusión sobre la Antropología Urbana, sino más bien poner en práctica la Antropología Urbana en relación a un tipo de ciudad, la ciudad histórica. Quizás esto tengo mucho más sentido si consideramos el peso del mundo anglosajón y especialmente norteamericano, en el desarrollo de la Antropología Urbana en las últimas décadas. No se trata de fomentar una especie de nacionalismo antropológico, sino más bien constatar que las ciudades norteamericanas, con sus «downtown», «slums», «malls», «neighborhoods» y «ghettos», por ejemplo, son bien distintas a nuestra ciudades y todo ello a pesar de que la dinámica urbana sea hoy tan cosmopolita. Ciertamente que nuestras ciudades son híbridos y podemos observar en ellas espacios urbanos que responden claramente a los patrones del urbanismo que surgió primero en los EEUU y que se ha extendido después por todo el mundo. Los centros de negocios, los parques industriales y tecnológicos, los grandes centros comerciales y los suburbios residenciales, ya forman parte de nuestro espacio urbano y están en plena expansión. Pero estas mismas ciudades también mantienen sus centros históricos y sus cascos viejos, ahora en bastantes casos rehabilitados, los bulevares de la ciudad burguesa del siglo XIX con sus casas de vecinos, los barrios obreros de los tiempos de la industrialización, y en general una traza urbana que sólo se explica en relación a una historia urbana que poco tiene que ver con la de las ciudades norteamericanas. De este modo cualquier perspectiva antropológica sobre nuestras ciudades ha de asumir la carga histórica que éstas tienen. Esta era la propuesta que trasladé a un conjunto de especialistas con una reconocida trayectoria en la Antropología Urbana y la Antropología Histórica.

Toda ciudad, al igual que cualquier otra realidad social y cultural, es histórica, con lo cual y si nos quedamos en esta simple definición de ciudades con historia, poco estamos diciendo en realidad. Las ciudades históricas no son simplemente ciudades con historia, ya que una definición semejante a ésta no dejaría de ser una obviedad. De ahí que el objetivo principal de este monográfico haya sido, sobre todo, contribuir, con una perspectiva antropológica, a una caracterización mucho más rica y profunda de las ciudades históricas.

Este objetivo fue proyectado hacia un área histórico-cultural determinada, el sur de Europa, pero con un foco central sobre España. En última instancia los artículos aquí reunidos se refieren a España, Italia y Portugal. Esta es otra dimensión que caracteriza a este volumen, ya que pretende ofrecer un panorama etnográfico de distintas ciudades, de tal modo que se pueda llevar a cabo una comparación. Finalmente, nos encontramos ante la presencia de grandes ciudades, por encima del millón de habitantes, y de tanta significación histórica como Roma y Lisboa y con otras de menor tamaño, aunque dentro de la categoría de grandes ciudades, y que también poseen una gran densidad histórica, como Granada o Zaragoza. Las pequeñas ciudades históricas, en torno o por debajo de los 100.000 habitantes, estarían representadas por Pozzuoli, Avila, Huesca y Barbastro. Ciertamente que la comparación podría enriquecerse todavía más, pero estimo que este conjunto ya resulta de por sí muy atrayente.

Los artículos aquí reunidos despliegan una variedad interesante de etnografías y argumentos. En primer lugar y a partir de su dilatada experiencia en la Antropología Histórica de las ciudades gallegas, José A. Fernández de Rota nos muestra como hacer etnografía en las ciudades históricas. Su contribución es un repertorio metodológico de mucha utilidad. Fernández de Rota destaca especialmente la presencia de la historia como algo vivo y diverso que los ciudadanos negocian estratégicamente y de este modo nos señala cómo: «puesta la atención en el presente como historia —y más en una ciudad antigua— tomamos el pulso a las interpretaciones estratégicas de la historia; a la poetización de la historia, al uso de la historia para construir la ciudad y a las distintas autenticidades históricas en liza».

Tras este comienzo metodológico nos encontramos con Roma, nada más y nada menos, pues es Roma, sin duda, la ciudad histórica por definición. No es exagerado afirmar que para el mundo occidental y a lo largo de la historia, Roma ha sido el «modelo» de la ciudad y fundar la nueva Roma, especialmente cuando la Ciudad Eterna se hallaba sumido en la decadencia y era un pálido reflejo de su glorioso pasado, representó una ambición perseguida por muchos pueblos y gobernantes. Cualquier retórica sobre la ciudad y especialmente la que acompañaba a todos estos esfuerzos e intereses, debía asentarse en un acto de fundación, mítico o legendario, semejante al que fundó Roma,

gracias al relato de los gemelos Rómulo y Remo que fueron amamantados por la loba. Fundar la ciudad, cualquier otra ciudad, fue parte esencial de la cultura romana y algo que probablemente nosotros hayamos heredado. Creo, así, que Roma es la matriz de la ciudad histórica, ya que fue concebida como una fundación basada en un relato. Åsa Boholm se fija en esta naturaleza fundante de Roma y nos conduce a un período de la historia de Italia en el que las tensiones locales y regionales, dentro de un territorio transalpino, insular y peninsular, tan variado y con tantas historias particulares, presionaban en contra de la aspiración por la unidad. Para Mazzini, uno de los artífices de la unificación italiana, Roma, se convierte, como escribe Åsa Boholm, en «un símbolo de unidad de la nación emergente» y su historicidad en fundamento de la nación por construir. Con esta perspectiva Åsa Boholm nos ilustra acerca del valor singular que pueden tener las ciudades históricas, como símbolos de la nación y de este modo convertirse en un recurso simbólico fundamental para el nacionalismo.

Convivir a diario con los monumentos o ser espectador de su representación mediática, constituyen los dos extremos de un contraste que Amalia Signorelli nos plantea en su artículo. Desde la vida cotidiana en Pozzuoli a los monumentos de nuestra época, convertidos en parques temáticos, hay una distancia que incita a Signorelli a reflexionar sobre el significado de los monumentos históricos en la sociedad global. La política del patrimonio ha estandarizado el uso y la contemplación de los monumentos y los han generalizado tanto que como Signorelli nos indica: «Goethe se horrorizaría si viese las filas de personas sudorosas y vociferantes a la espera de entrar en el Foro Romano.»

La compleja y siempre renovada relación entre lo rural y lo urbano está presente también en el artículo de María Cátedra, en el que se nos muestra la relación entre la ciudad, Avila y su entorno, su «tierra». Como escribe María Cátedra: «La situación del Santuario (la Virgen de Sonsoles) en el campo enseña a los ciudadanos la necesidad de ir «más allá» de la ciudad, traspasar las murallas, unirse a la naturaleza, reconocer la interconexión de Ávila y su tierra». Los santos de Avila y sus correspondientes santuarios, se han resignificado y muestran, como en el caso de la Virgen de Sonsoles, su capacidad para transmitir los nuevos sentidos de la ciudad y el campo, porque si fueron los campesinos quienes dejaron el pueblo para ir a la ciudad, hoy son también los ciudadanos, muchos de ellos antiguos campesinos, los que retornan al campo. Ciudad y «tierra» se reconstruyen a la búsqueda de una nueva relación.

El ejemplo de Lisboa le sirve a Joan J. Pujadas para reclamar atención histórica en el estudio de la ciudad contemporánea y al mismo tiempo para establecer un marco global, los sistemas urbanos, dentro de los cuales hay que situar el estudio particular de cualquier ciudad. En estas circunstancias constata:

«.....la incapacidad de la dicotomía rural/urbano, así como la de su versión gradualista en la obra de Redfield, para dar cuenta de la compleja articulación entre lugares de residencia, poblaciones y actividades económicas y profesionales.»

José A. González Alcantud escribe acerca de éxitos y fracasos. Por qué unos personajes históricos no llegaron a convertirse en héroes locales y otros sí lo hicieron. Todo esto, además, en el contexto de la producción y reproducción de las élites ciudadanas en la Granada de los siglos XIX y XX. La identificación de los héroes locales responde a la gestión de una memoria selectiva que han llevado a cabo las élites granadinas de tal modo que: «la ciudad, sobre todo al emplear muchos de sus recursos económicos, sociales, políticos y comunicativos en la ideación y construcción del Héroe, quiere proyectarse hacia la historia y a la par competir en el campo de las mentalidades frente al poderío de otras unidades locales.»

Todos los artículos aquí presentados apuntan, si bien desde diversos lugares y perspectivas, a cómo la ciudad histórica no es simplemente la ciudad con historia, sino más bien aquella ciudad en la que la historia está presente activa y constantemente. Estas presencias son múltiples pero resultan especialmente visibles en el espacio urbano y singularmente ahora que están tan en boga las políticas de conservación y mantenimiento del patrimonio histórico. También el calendario festivo y las ceremonias públicas permiten observar a la historia en acción y representación a cargo de ciudadanos que recrean el sentido de la ciudad y sus sentimientos de identidad. La historia se muestra igualmente en la acción pública de los ciudadanos organizados en grupos, coaliciones, movimientos y partidos que encuentran en la historia significados, argumentos, razones y propósitos que trasladar a la arena del debate sobre los asuntos de la propia ciudad y de su proyección hacia el exterior. Los poderes locales con sus múltiples caras que pueden ir desde el gobierno municipal a las élites locales, las instituciones o los estamentos eclesiásticos, producen y reproducen la historia y buscan en ella su propia legitimación y también la de sus acciones. La historia, en definitiva, es un activo que manejan los ciudadanos y sus instituciones para producir y reproducir la ciudad. A partir de todas estas consideraciones ya podemos destacar su extraordinaria dinamicidad. Permítaseme afirmar, entonces, que en las ciudades históricas la propia historia más que un asunto del pasado es un asunto del presente.

La continuación de este tipo de argumentos nos lleva directamente a otra pregunta en cuya respuesta podemos hallar con claridad la aportación singular tanto de la Antropología Urbana como de la Antropología Histórica: ¿Pero qué tipo de historia es ésta?

Lo que esta colección de artículos nos viene a mostrar no es exclusivamente «historia» sino más bien la compleja interrelación de la historiografía, plas-

mándose en el texto escrito por el experto al que se le reconoce, en una u otra época, autoridad, con la memoria y la tradición y puede ser que incluso con el mito, para componer un tiempo mezclado que aspira a la estabilidad y la permanencia para producir sentido e identidad. Esta es la historia de la ciudad histórica, un híbrido en el que se entrecruzan múltiples tiempos para componer finalmente lo que me he permitido llamar el «tiempo» de la ciudad. Así podemos fundamentar el papel singular de la Antropología Urbana y la Antropología Histórica en su capacidad para ampliar los registros clásicos de la Historia Urbana y llevarnos a navegar en un mar de complejas interrelaciones, diálogos y préstamos entre la ciencia y la cultura, el texto y su dramatización, la crónica y la oralidad, la erudición y la tradición y todo ello en relación a contextos históricos cambiantes. Hoy la importancia que se le está dando al patrimonio histórico de nuestras ciudades y el valor político que éste ha alcanzado, han llegado a configurar, creo, un nuevo contexto histórico cada vez más relevante y que contribuye mucho a resaltar el valor de la perspectiva sobre las ciudades históricas que este volumen ha pretendido abordar.

Deseo finalmente agradecer a todos los autores su interés a la hora de elaborar textos que abordan la propuesta de este número monográfico e igualmente a los traductores, del italiano Antonio Valero Salas y del inglés Eduardo Contreras.